

término a tal estado, es porque está mi alma y mis sentidos todos convencidos: es porque he visto por mis propios ojos el entusiasmo, el júbilo, los públicos festejos e imponderables muestras y halagos que en mil pueblos que he recorrido de Valencia, de Aragón, de Castilla, me han ofrecido al paso como tributo de amor y gratitud. V. E. no puede desentenderse de tan marcada situación, y si por culpa suya se prolongase más tiempo todavía el desenlace de la gran cuestión que la nación aguarda con impaciencia, V. E. sería ante ella y ante el mundo responsable; pero descanso en que esa ilustrada y benéfica corporación antes que prolongar los males del país, se sacrificará contenta por abreviar su curso un solo día. Dios guarde a V. E. muchos años. Algora 13 de julio de 1845.—Excmo. Sr.—Ramon Maria Narvaez.—Excmo. Sr. Ayuntamiento constitucional de Madrid.

Ejército de operaciones de la provincia de Valencia.—Estado mayor general.—Excmo. Sr.: Todavía esta noche no he tenido contestación a la comunicación mía que recibí V. E. esta mañana; y no deja de admirarme que mis conciliatorias y templadas razones hayan sido desoídas de V. E. hasta ahora; pero puesto que la apasionada voz de un miserable partido habla a V. E. mas alto que su deber, y el protector desvela a que le obliga su noble cargo; puesto que en nada enerva la sangre de los que le fiaron su dirección y amparo, menos son mis obligaciones hacia ellos, y mas la que me impone hoy la patria, exigiendo imperiosamente el terminar esta lucha con la ocupación de esa capital, que si de grado no obtengo en el término de cuatro horas, ganaré por la fuerza de las armas, dando lugar entonces la clemencia a la severa ley de la justicia. Dios guarde a V. E. muchos años. Fuencarral 13 de julio de 1845.—Ramon Maria Narvaez.—Excmo. Ayuntamiento de Madrid.

Excmo. Sr.: El ayuntamiento que acaba de recibir el oficio de V. E. de ayer noche, manifestando no haber aun llegado a sus manos la contestación al suyo fechado en Algora en 13 del corriente debe hacer presente a V. E. que en la propia noche le ha remitido dicha contestación, por la cual habrá ya visto V. E. se ocupa de explorar la opinión pública sobre su contenido, a fin de dar hoy la respuesta que a V. E. tiene ofrecida. Lo que el ayuntamiento cree de su deber poner en conocimiento de V. E. para salvar la gravísima responsabilidad que sobre él mismo pudiera pesar por su falta de contestación. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 16 de julio de 1845.—El alcalde primero constitucional, Ignacio de Olea.—Excmo. Sr. general D. Ramon Maria Narvaez.

Excmo. Sr.: La Excm. diputación provincial, Excelentísimo ayuntamiento constitucional y señores comandantes de todas armas de la milicia nacional de esta corte, que en el día de ayer prometieron a V. E. responder en todo el hoy a sus comunicaciones fechadas en Algora 12 y 13 del que rige, despues de averiguar solemnemente la explicita y verdadera expresión de la voluntad del pueblo y milicia nacional, pasan a llenar este deber con la resolución de hombres libres que con absoluta abnegación de sus personas y de sus intereses solo modelan su conducta por las inspiraciones de su conciencia, por el sentimiento del deber y por el deseo del bien público.

Como las mismas corporaciones suscribieron el oficio que el Excmo. Sr. capitán general del primer distrito militar dirigió al Excmo. Sr. general D. Francisco Javier Azpiroz en 15 del corriente, adoptando como suyos los principios y doctrinas que en él se asentaban y desenvolvían, se creen dispensados de reproducirlos, circunscribiendo este escrito a términos muy precisos y claros, con algunas consideraciones de interés general que se desprenden naturalmente de la crisis que atravesamos.

La neutralidad con V. E. y los suyos en el campo de los hechos, ó bien la defensa heroica en el caso de que se intente perturbar su sosiego ó despojarle de la libertad de obrar sin otra sujeción que la de la ley, tal es el pensamiento común de este heroico vecindario y la decisión de sus autoridades populares y Milicia nacional.

Suene el clarín guerrero en el campo: crúcense las espadas de los hijos de esta nación desventurada: hiera el plomo mortífero las entrañas de los mas caros objetos: decidase allá la lucha que se ha provocado: el pueblo de Madrid será pasivo espectador; devorará en silencio su amargura y su dolor, y mezclará lágrimas de sangre con la que enrojezca nuestro suelo a impulso de las pasiones que nos agitan; pero pretender que el pueblo del 2 de mayo y 7 de julio, que este gran pueblo que con su arrojo y denuedo enseñó a los valientes del capitán del siglo a respetar los hogares y las opiniones de nuestros mayores: que este gran pueblo, que tiene confiado a su lealtad y valor el precioso depósito de S. M. la Reina doña Isabel II y su augusta hermana, pierda su posición, su honor y nombradía, abriendo sus puertas antes que á ellas se acerque un gobierno legítimo y reposado, esto V. E. conoce muy bien que es un sacrificio superior a las fuerzas de los que militan bajo el estandarte de la libertad.

Y es bien seguro que si V. E. con ánimo tranquilo y sosegado examina esta cuestión bajo todas sus fases, y se coloca en la posición de la capital de la monarquía, no podrá menos de convenir que la neutralidad propuesta es la única concesión que puede hacerse al deseo de la paz por las autoridades populares, Milicia nacional y heroico vecindario de la metrópoli del reino: que la agresión con que se nos amenaza es injusta: y que en este caso las leyes divinas y humanas autorizan la resistencia, y apartan del que se defiende de toda responsabilidad.

Si V. E. pesa bien las consecuencias de esta agresión y el cuadro de desolación y de horrores a que podría dar lugar, no dejará de sentir conmovido su corazón, ese corazón que latiendo por la causa de la libertad manifestó al pueblo madrileño en un 7 de julio que hervía en él la sangre generosa de Padilla.

Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 16 de julio de 1845.—Por la Excm. diputación provincial, Pedro Beroqui.—Por el Excmo. ayuntamiento constitucional, Ignacio de Olea.—Por la Milicia nacional, Antonio Tomé y Ondarreta.—Excmo. Sr. D. Ramon Maria Narvaez.

Madrid 17 de julio de 1845.—El alcalde primero constitucional, Ignacio de Olea.

Al mismo tiempo que se promete una neutralidad mantida, se arroja por las troneras a las avanzadas de Narvaez el siguiente papel.

ALOCUCION DEL CAPITAN GENERAL DE MADRID.

Soldados del ejército: ¿A qué venis en frente de los muros de esta capital? ¿Cuál es vuestro intento? ¿Pensáis invadir a sangre y fuego un vecindario pacífico que no os hostiliza, que vive bajo el imperio del orden y la ley? ¿Cumplís a los buenos soldados de la Patria hacer armas contra el ciudadano que le sustenta con los sudores de su rostro? ¿Qué mal os ha hecho el pueblo de Madrid? ¿Qué queja tenéis del gobierno del hombre que tantas veces os ha llevado a la victoria, que os prodiga tantos favores, que con tanta solicitud, con tanto cuidado y tanto esmero se ocupaba de vuestro porvenir? ¿Sabéis que cuando os volvísteis contra vuestro jefe y vuestro bienhechor estaban decretadas

vuestas licencias absolutas? Pues las tendreis siempre que venga a nuestro seno.

Renunciad a las escenas de sangre a que os arrastran los que os toman por instrumentos de su ambición, sin ningún bien para vosotros: como vosotros queremos nosotros la Constitución: como vosotros la Reina constitucional. Los demás puntos en litigio no son cuestión de tiros, las Cortes los decidirán; las Cortes, cuya decisión debemos respetar los españoles.—Evaristo San Miguel.—Como presidente de la junta auxiliar de Madrid, Pedro Beroqui.

MARTES 18.

Toda la noche se ha oído un vivo fuego de fusilería y algunos cañonazos y la población cree es un ataque general. Al amanecer se ve con sorpresa que todas las avanzadas se han retirado. Dicese entonces que Narvaez ha marchado al encuentro de Zurbano y Azpiroz al de Enna. Con esto cobran aliento los ayacuchos y dos escuadrones de la Milicia con algunos caballos del ejército salen a hacer un reconocimiento. En los mismos momentos se prendía fuego a las dos casas de campo que las avanzadas de Narvaez ocuparon y que estaban inmediatas a la puerta de Recoletos. Son notables las circunstancias de este hecho verdaderamente vandálico: no se dá conocimiento alguno a sus dueños, no se permite sacar de ellas ni muebles ni siquiera los animales, siendo casi todo entregado a las llamas, y arrojando los encargados de la ejecución agua ras a los pobres criados que entre las llamas se arrojan a salvar algunos efectos. En este día se publican porción de órdenes de Mendizabal, ayuntamiento, junta de salvación etc. prometiendo destinos a los nacionales heridos, pensiones a sus viudas, premios sin cuento a todos, entre ellos la cruz de S. Fernando a todos los nacionales y la gran cruz de Carlos III a los concejales, diputados provinciales y comandantes de la Milicia. El general S. Miguel publica la siguiente alocución:

A los milicianos nacionales de Madrid y los demás militares del ejército que se han presentado y ofrecido sus servicios en la actual crisis:

Compañeros de armas: Seré muy breve. Está mi corazón tan lleno de lo que valeis, de lo que estais haciendo hace cinco días, que para expresarlo apenas hallaría palabras.

Os estais mostrando hombres libres, ciudadanos valientes, resueltos a defender vuestros hogares hasta derramar la última gota de vuestra sangre. En vosotros brilla el principio constitucional en toda su pureza. En vuestra constancia y valentía encuentran un escollo insuperable los que con máscara fingida tratan de perdersos y humillarnos.

Para que veais cuáles son las intenciones de los que asedian vuestra capital, inserto en seguida una copia de la última comunicación del general Narvaez, a la que no he contestado.

Ya veis lo sedientos que están nuestros enemigos de derramar la sangre que ellos llaman vil y traidora. Los acontecimientos de setiembre acá, y la clase de personas que así se espresan, os harán ver el significado que para ellos tienen estas dos palabras.

Milicianos de Madrid, militares de honor que acudís al llamamiento de la patria en momentos de peligro, no dejéis las armas, no dejéis esa actitud imponente que lleva el desaliento y el desmayo al corazón de vuestros enemigos. El peligro no ha pasado; si alójais puede nacer a cada instante.

En cuanto a mí, me entrego todo al noble orgullo de merecer vuestra confianza, de estar a vuestro frente. Madrid 17 de julio de 1845.—Evaristo San Miguel.

Copia del escrito que se cita arriba.

Ejército de operaciones de la provincia de Valencia.—Estado mayor general.—Excmo. Sr.: recibí esta mañana V. E. una comunicación mía, y todavía esta noche me hallo sin haber tenido su contestación, sin embargo de que eran mis ideas y mis palabras bien templadas y conciliatorias. Ahora me dirijo nuevamente a V. E.; pero es para decirle que si despues de cuatro horas de recibido este no se me facilita la entrada en esa capital, la ocuparé por fuerza, sin que baste a contenerme la sangre que haya de derramarse; pues en una lucha que yo no he provocado, cuenta mas corra de la vil y traidora, será mas provechosa y saludable a la prosperidad común de nuestra patria, y no habrá de pesarme que la Providencia me haya escogido por instrumento de su justicia y de la justicia de los hombres. Dios guarde a V. E. muchos años. Fuencarral 13 de julio de 1845.—Ramon Maria Narvaez.—Excmo. Sr. capitán general de Madrid.—Es copia.—San Miguel.

MIERCOLES 19.

El día se pasa con mas calma. Ninguna fuerza pronunciada se presenta a la vista. La Milicia sigue en sus puestos y la caballería que salió a hacer un reconocimiento trae unos cuantos rezagados de la division Narvaez. Estos son paseados en triunfo por Madrid a los gritos de muera, y con este motivo se repiten con mayor escándalo los insultos a ciudadanos pacíficos. Los diarios ayacuchos rebosan en calumnias y falsedades de toda especie, dando por despronunciada a casi toda España.

JUEVES 20.

Sábese que Zurbano y Seoane llegaron a Guadalajara donde permanecieron todo el día, que el mismo día había llegado a Alcolea la vanguardia de las tropas de Cataluña; que Narvaez se hallaba en Torrejón, y Azpiroz en S. Fernando. A pesar de que no se divisan fuerzas sitiadoras, los nacionales del Retiro claman con su froteo a la población. Continúan las fortificaciones con gran calor y Madrid presenta el mas tristísimo espectáculo.

VIERNES 21.

Entre once y doce entran por la calle de Alcalá los restos de la division Enna, unidos a las cortas fuerzas al mando de Iriarte, Rodriguez Vera y el célebre marqués de Camachos con algunos murcianos armados de trabucos. El día se pasa en la mayor ansiedad y esperando todas noticias de las tropas pronunciadas y de las contrarias.

SABADO 22.

A las nueve de la mañana salen de Madrid las tropas de Enna que llegaron el día anterior. A las once se dá una orden prohibiendo la entrada y salida por todas las puertas de la corte. A las tres de la tarde empieza a circular la feliz nueva de que las tropas de Seoane, despues de un cuarto de hora de acción, se habían pasado a Narvaez, que Seoane estaba preso, Zurbano vivamente perseguido, y esta noticia causa un contento casi general. Solo los ayacuchos se muestran consternados.

Se renuevan las autoridades y despues de una sesion pavorosa sale en posta por la puerta de Alcalá una comisión del ayuntamiento, milicia y diputación provincial a tratar con Azpiroz. Al mismo tiempo entran por dicha puerta las tropas que salieron por la mañana las cuales no pasaron de Canillejas. Se advierten muchas bajas. Gran número de milicianos se retiraron por la noche a sus casas y en los semblantes de los poquitos que se ven por las calles se mira impresa la consternación y espanto. La noche se pasa con tranquilidad. A las nueve de la noche se apea Zurbano en la

fonda de la Amistad: viene acompañado de dos ayudantes. Algunas horas antes sale una comisión de la milicia, diputación y ayuntamiento en sillas de posta a transigir con los generales Azpiroz y Narvaez. Sábese que aun durante esta noche confidentes del gran club ayacucho espersen en la milicia la voz de haber sido derrotadas las tropas pronunciadas y pasádose a las de Seoane cuatro batallones.

DOMINGO 23.

Muy temprano se ve salir por la puerta de Alcalá otra comisión de la milicia, diputación y ayuntamiento la cual escoltada por caballería regresa a la una. Durante toda la mañana no se ven mas que gallegos llevando a las casas municipales fusiles de nacionales que se marcharon a sus casas, y nacionales que al retirarse llevan tres y cuatro de estas armas. A las doce son relevados todos los puestos por las tropas de la division Enna. Forman en sus respectivos puntos los milicianos que en ellos habían quedado y se separan generalmente con orden. No así el tercer batallón que formado en la plaza del progreso respondió al viva el Regente dado por su comandante el catalán Felin, con el grito de muera los pasteles. Al romper filas hubo algunos insultos corriendo la gente atemorizada. A las cuatro se fija en las esquinas un bando en que se anuncia la entrada de Azpiroz para las cinco de la misma tarde. Verifícase en efecto su entrada en medio de un entusiasmo indescriptible. La brillante division de Azpiroz desfila por palacio a las vivas de viva la Reina, la libertad, el ministerio Lopez, el general Azpiroz y entre los muera a Espartero, Mendizabal y los ayacuchos. Los ingenieros dan la guardia del Real palacio.

Durante la noche ha habido muchos insultos, palos y cuchilladas dadas por los milicianos, de cuyas resultas han muerto tres soldados del ejército.

En otro lugar hablamos de la entrada de las tropas de Narvaez.

Se ha fijado en las esquinas la siguiente alocución del digno general Azpiroz.

Madrileños: En este momento en que el curso irresistible de los acontecimientos me ha conducido a esta capital, nada anhelo mas que vuestro bienestar y felicidad. Este ha sido el ardiente voto de mi corazón, y el constante objeto de mis operaciones, desde que me acerqué a vuestros muros. La sensatez proverbial de los madrileños ha salido sobrepuesta en todos tiempos a las dificultades de situación, a las crisis mas espasmosas, hoy repetireis tan bello ejemplo, y mis deseos se verán cumplidos. Orden y tranquilidad inalterable, union y confraternidad sincera; ved ahí los hermosos objetos que os recomiendo y que deben asegurar nuestra común felicidad. Desterremos de la memoria hasta la idea de lo pasado, desaparezca para siempre el genio fatal de la discordia y sea el norte de nuestras afecciones, Patria, Reina y Libertad.—Madrid 23 de julio de 1845.—Javier de Azpiroz.

Boletín estranero.

Nuestros lectores se han visto privados por algun tiempo de noticias referentes a las principales cuestiones que se agitan en Europa, y esta falta exige ciertamente que, antes de continuar en las tareas del boletín ordinario, echemos una rápida ojeada sobre los acontecimientos mas importantes ocurridos en el periodo en que cesó de publicarse el *Heraldo*.

Desde el momento en que la cuestión del derecho de visita pareció, en cierto modo, eludida con el resultado de las discusiones habidas en los parlamentos de Francia y de Inglaterra, la atención de la Europa se fijó exclusivamente en Servia y en Irlanda. España no tardó, sin embargo, en atraer de nuevo hacia sí el interés de todas las potencias.

La cuestión de Servia que pudo infundir serios temores de ver turbada la armonía de los gabinetes, halló al cabo un desenlace pacífico y enteramente conforme a la política del emperador de Rusia.

El príncipe ALEJANDRO cedió humildemente a las exigencias de la Puerta Otomana, y todo concurrió para que se celebrara la elección de nuevo soberano de aquel principado. Pero ¡cosa singular! ese mismo príncipe, objeto del encono de la política moscovita, ha sido, en fin, el candidato que ha obtenido mas votos de la asamblea de Servia, y cuando parecía que el gabinete de San Petersburgo se mostraría pesaroso del éxito de la elección, lejos de ser así, parece dispuesto a concurrir por su parte a darla consistencia y validez, interponiendo su mediación cerca de la Puerta Otomana a fin de que conceda inmediatamente a Alejandro Jorgewich la investidura de soberano feudal de la Servia. Esta conducta daría suficientemente a conocer que el emperador NICOLAS quiso tan solo combatir el principio de la última revolución ocurrida en aquel país, haciendo prevalecer el principio de legitimidad que sirve de base a la política de los gobiernos del Norte.

Otra cuestión de mas importancia y trascendencia, preocupa todavía a la Europa entera: hablamos de la cuestión irlandesa, cuestión inmensa que afecta la existencia del imperio británico. Lejos de haber encontrado hasta ahora un medio fácil de resolverla, aquietando los ánimos de las poblaciones que se alzaron al grito libertador de O'Connell, los hombres que ahora dirigen los destinos de la Inglaterra, se hallan ahora mismo divididos respecto al sistema que deba emplearse. Roberto Peel, jefe del gabinete, quisiera aun contemporizar, pero algunos de sus colegas, y entre ellos sir James Graham, parecen dispuestos a usar de un rigor estremado con la desgraciada Irlanda, satisfaciendo así las pasiones Orangistas que recientemente se han dado a conocer en el parlamento. La Cámara de los comunes ha agitado de nuevo en estos últimos días esa grave cuestión, empleando largas y cansadas sesiones, cuyo resultado ha sido hasta ahora aprobar varios artículos del *bill* de armas. Entre tanto la supremacía de la iglesia protestante en Irlanda, que es una iniquidad odiosa e intolerable, recibe una nueva sanción del gobierno británico, y de consiguiente permanece en toda su fuerza la causa principal, cuando no sea la única, del alzamiento de aquella porción del reino unido.

Escusado nos parece hablar de la sensación que los rápidos acontecimientos de la península han causado en Europa. La prensa de Francia ha seguido de día en día con un interés difícil de describir el curso del glorioso alzamiento de los pueblos de España contra un hombre de funesta memoria, y apenas se hallará un órgano de publicidad en la nación vecina que no haya mostrado sus simpatías por la causa de nuestra Reina, que simboliza la de la libertad y engrandecimiento de España. Hasta en la misma Inglaterra, donde el general ESPARTERO contaba con numerosos defensores cuyas tendencias fueron al cabo conocidas en nuestro país, se ha demostrado ya un sentimiento de repulsión hacia ese mismo hombre; porque le consideraba sin fuerzas para contrarrestar la oposición unánime de todos los partidos,

y próximo a sucumbir con la execración de la gran mayoría de los españoles.

La lucha entre Buenos Aires y Montevideo es el único suceso importante de la política, sobre el cual nos resta aun que hablar. Esa guerra se hace cada día mas encarnizada.

El ejército de Rosas estrecha vivamente a Montevideo, y tal vez en estos momentos la capital del Uruguay obedecerá al poder tiránico del dictador de Buenos Aires. La intervención de Francia y de Inglaterra ha sido por desgracia inútil, para poner término a esa lucha, é impedir los horrores que necesariamente habrá llevado consigo aquella ocupación.

Los periódicos de París del 10 que acabamos de recibir, no contienen noticia alguna de importancia.

PARTE LITERARIA.

Al fin nos es posible dar a nuestros lectores el brillante discurso pronunciado por el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa en el instituto histórico de Francia. Teníamos ya impreso este documento glorioso para las letras españolas, cuando fué ahogada la voz de la prensa: hoy que renace la libertad en España, nos apresuramos a cumplir la promesa empeñada a nuestros suscritores, y a tributar este homenaje de nuestra admiración y respeto a uno de los mas nobles hijos de la patria.

DISCURSO PRONUNCIADO

por

el Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, PRESIDENTE DEL INSTITUTO HISTORICO DE FRANCIA AL ABIR EL NOVENO CONGRESO HISTORICO, CONVOCADO EN EL PALACIO DE LUXEMBURGO.

Señores!

El Instituto histórico de Francia, cuyo solo nombre indica el importante fin de sus tareas, procura satisfacer una de las necesidades de nuestra época. Nacido inmediatamente despues de una revolución, que ha dejado tan profunda huella, nuestro siglo es grave, formal, no tan dado a los entusiasmos de la imaginación como a los estudios serios. Dedicamos al de la historia con una predilección señalada, presta nuestra atención a la forma que al fondo. Ni ostenta las pretensiones literarias del siglo de Leon décimo, ni las precisiones filosóficas del siglo de Voltaire: no se afana por imitar a Livio ó a Salustio, ni malgasta el tiempo, labrando símas a fuerza de ingenio, con hechos bien ó mal traídos al efecto. El fin que se propone es muy sencillo: relatar la historia, restituyéndole su veracidad. A este noble objeto se dedica con celo el Instituto histórico, empleando cuantos medios están a su alcance. Entre ellos ha estimado que debía aprovechar la general tendencia a la comunicación de las ideas, tendencia que es uno de los rasgos característicos de la época actual; como lo comprueban entre otros testimonios estos mismos congresos.

En siglos mas poéticos que el nuestro, natural era que celebrasen *cortes de amor*. ¿Ni qué cosa mejor pudiera darse que cantar en lindisimos versos la bizzaria y la hermosura? Mas aquellos torneos, en que corrían parejas la plantería y el ingenio, no asentarian bien en estos tiempos. Cada edad tiene su carácter peculiar, sus inclinaciones particulares... y es menester acomodarse a ellos!

Los congresos científicos, establecidos recientemente en Francia, en Italia y en otras naciones de Europa, ponen en contacto a los hombres instruidos de distintos países; pero yo medio, no solo pueden prestar auxilios eficaces a los progresos del entendimiento, sino contribuir juntamente a arreglar los sentimientos de mútua benevolencia y tolerancia, que hacen no menos fácil que útil el reciproco trato entre las naciones y entre las naciones. Una circunstancia, que puede reputar como propia y personal, ha venido a confirmar en mí el ánimo que esa es efectivamente la tendencia de estos tiempos. Tal es la honrada honra de hallarme a vuestra cabeza.

Sin que disminuya en nada (y antes bien muy al contrario) el sentimiento de gratitud sincera que tan señaladamente tra de aprecio ha gravado en el fondo de mi alma, permitidme que vislumbro en la elección que acaba de hacer el Instituto histórico, un fin de mas trascendencia que el anhelo de recompensar mi afición al estudio... afición que ha sido el suelo, la felicidad de mi vida! Sin duda se ha interesado con este nombramiento dar un nuevo testimonio de los sentimientos de hospitalidad que tanto honran a la Francia. Quizá se haya querido tambien manifestar hasta que punto contribuye esta nación a establecer una especie de hermandad entre todos los que en cualquier paraje del mundo, se dedican a cultivar las ciencias, las letras humanas ó las bellas artes.

Estas reflexiones me han conducido naturalmente a retitular una de las cuestiones propuestas en vuestro programa: a saber: *de la civilización del siglo decimo-nono*.

Me ha parecido que sería conveniente procurar contestar a fondo, pues que cogemos abundantemente su fruto, y el mejor medio de corresponder, en cuanto de mí dependa a la distinción con que me habeis honrado, sería exponerme a abrir la liza; siendo el primero que tome parte en la contienda. No estando acostumbrado a la liza, que tal vez laré tampoco a mi siglo; pero tengo para mí que tal vez esté destinado a dar en la carrera de la civilización mas aventajados que cuantos le han precedido.

No debe, sin embargo, mostrarse olvidadizo ni ingrato a los que le han abierto la senda... Bien lo sabéis, señores, que la civilización no se improvisa; ni es como aquellas flores que de la noche a la mañana nacen espontáneamente en el campo. La civilización es un tesoro de sumo precio, que al hombre por la mano de la Providencia... Cada siglo contribuye a aumentar el común fondo, depositando en él lo que ha podido recoger con el sudor de su frente... y otros, sucesores de esa rica herencia, allegada por ella a nuestros trabajos y afanes, debemos dar gracias por ella a nuestros antepasados y bendecir la bondad de Dios!

Las circunstancias en que nos hallamos son tambien muy favorables; seríamos sobradamente injustos si así no lo reconociésemos. No tenemos que superar los obstáculos y dificultades sin cuento que detentan hasta cierto punto el progreso de la civilización en los pueblos de la antigüedad; y ademas tenemos a mano los medios y recursos que los siglos modernos nos han suministrado en gran copia.

Si echamos una ojeada sobre la civilización de las Indias del Asia, por ejemplo, veremos a la sombra de las banderas de la civilización, que se han hallado en sus pueblos, yendo sosegadamente, por decirlo así, a la sombra de la *pirueta teatral*, cuya circunstancia le graba un sello indeleble en todos los pueblos que se han hallado en semejante situación. Ningun progreso, escaso vuelo, la conservación, la perpetuidad, que es como el patrimonio de las castas privilegiadas... Aquella civilización descansa en la

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

de la gran
video es el
bre de la
hace cada

En las antiguas creencias del pueblo y de la institución del sacerdocio, celoso de guardar el fuego sagrado para sí solo, aljamo de él a los profanos!... Me parece que pudiera compararse la civilización del Egipto a los monumentos que atestiguan su gloria y poderío... Pirámides altísimas en medio de un desierto!...

Del Egipto pasó la civilización a la Grecia; y en el acto mismo ya mostró distinto carácter. Se acrecienta con rapidez, se desarrolla, anhela por difundirse, muéstrase impaciente por propagarse... ¿No se están, desde luego, descubriendo en ella las buenas dotes, así como los defectos del espíritu democrático, que le dió el ser?...

La situación de aquellos pueblos colocados tan ventajosa, mente entre la Europa y el Asia, el mar que había sus costas, suministrándoles tantos medios de comunicación, hasta el ingreso de sus naturales, vivo, fácil, social por excelencia, debían hacerlos muy propósitos, para trabajar en la grande obra de la civilización... No es difícil adivinar lo que sería el pueblo de Atenas, viendo lo que es el pueblo francés!

En los prósperos días de la Grecia, grandísimos progresos debió hacer en ella la civilización, pues que poseía dos elementos de gran precio y valor, la emulación y la libertad.

Veid, señores, con qué lustre y esplendor se ostenta a la par en las instituciones y en las leyes, lo mismo en las escuelas de los filósofos que en el templo de las bellas artes! Los cinco federales que unían a aquellas repúblicas, no podían menos de contribuir a que adelantasen grandemente en la senda de la cultura... Aquellos congresos de Amphictiones, aquellos juegos solemnes, aquellas coronas, que ceñían las sienes de los vencedores, haciendo derramar lágrimas al genio, impaciente por abalanzarse a la carrera, como un fogoso corcel en la arena olímpica... Qué campo tan vasto y glorioso para pueblos dotados de vivísima imaginación!...

Cuando la civilización de la Grecia principiaba a perder algún tanto de su vigor y lozanía, fué trasplantada al suelo de Roma que acababa de romper el arado... La altivez de los vencedores se humilló ante la superioridad de los vencidos; fué como un tributo involuntario, que la fuerza material pagó al talento! Los romanos tomaron de los griegos sus dioses, sus leyes, su literatura, su teatro... no tuvieron a menuda proclamarlos por sus maestros!

Cuando los romanos quisieron a su vez extender a otras naciones las ventajas de la civilización, tomó esta en sus manos un carácter muy diferente... presenté desde luego con el sello propio de un conquistador. La civilización romana no busca los medios de ganar los ánimos con la persuasión, como el ejemplo: no es diestra y hábil como la de los griegos; no se infla sino que se impone! Cuánta grandeza, qué temple de voluntad en aquel pueblo-rey! Todo lo que ejecuta ostenta el mismo carácter: todo parece destinado a su inmortalidad... Con nuestros propios ojos vemos aun sus vías, sus acueductos, sus arcos de triunfo, que han visto pasar por encima tantos siglos; y al propio tiempo vemos estampada su mano en nuestros códigos e instituciones!

Mas, a pesar del gran desarrollo que alcanzó en aquellos pueblos la civilización, había algunas causas que debían detener su curso, o por lo menos retardarlo. La religión pagana, por ejemplo, era mas bien un obstáculo que un medio. Poco o nada podía contribuir a despejar el ánimo de las pasiones que le asaltaban, a elevarle, a purificarle... Hacía tan poco en favor del hombre moral, que es harto difícil concebir siquiera cómo se adoraban en los cielos acciones criminales, que excitaban horror en el fondo del alma, y que se castigaban en la tierra.

La esclavitud, a quella lepra de la antigua sociedad, no era tampoco favorable a los adelantos de la civilización. Ha menester esta, para desarrollarse, cierto espacio y holgura, algunos grados de igualdad: todo cuanto contribuya a mantener a las clases separadas, acotadas por decirlo así, sin dejar mas relaciones entre ellas que las que pueden subsistir entre el señor y el esclavo, se opone necesariamente a la comunicación fácil y íntima, que por mil distintas vías contribuye a los progresos de la civilización. La esclavitud en los pueblos antiguos debió ser funesta; poco mas ó menos como lo ha sido, en tiempos mas recientes, la servidumbre, establecida por el régimen feudal.

Relataba además entre aquellas gentes un sentimiento poco favorable a los progresos de la civilización, mirada desde un punto de vista mas extenso. El espíritu de nacionalidad era esclusivo en demasia; mostrábase celoso, menospreciador, inclinado a hacer alarde de superioridad ó de dominación. Los griegos miraban a los demas pueblos como bárbaros; los romanos consideraban a las naciones subyugadas como una presa que les había destinado el cielo. No era por lo tanto fácil, en semejante disposición de ánimo establecer los vínculos de benevolencia, que unen a las naciones modernas; y que a la par que atestiguan los progresos de la civilización la asilian y fomentan. Harto sabido es el estado de barbarie en que cayó la Europa, después de destruido el imperio romano. En medio de aquella gran catástrofe que estremeció al mundo, apenas se divisan entre las ruinas y escombros algunos restos de la antigua cultura. Por momentos van desapareciendo estas a los repetidos golpes de los bárbaros, que miran con el mayor desprecio a los pueblos que han subyugado; no queda ya ni salud ni esperanza... Mas entonces se descubre un nuevo elemento de salvación: el cristianismo salvó a la Europa!

El impulso que habían recibido las naciones a fines del siglo décimo-quinto, fué demasiado general a la par que fuerte, para que se detuviese en su carrera. No era aquel un mentido progreso de escasa duración; la civilización moderna, en el acto mismo de nacer, se hallaba ya al abrigo de todo fracaso, que pudiese poner en riesgo su futura suerte. No tenía que temer una nueva irrupción de la barbarie. Cabalmente a tiempo que se descubría el nuevo mundo no se estimó suficiente arrojar a los mares de España; sino que se fué a guarnecer contra ellos en Africa... Era de una importancia capital para la Europa encerrar en su territorio a aquellos pueblos belicosos, para que nunca mas volvieran a amenazar nuestras comarcas. Verdad es que los turcos se habían establecido en Constantinopla, no hacia mucho tiempo; pero la batalla de Lepanto dió en breve un golpe mortal a su poder marítimo, y en la situación política y militar en que se encontraba la Europa, cada día debía disminuir el peligro que la amagaba por aquella parte... Sorpresa causa y maravilla, como si recordase uno de un pesado ensueño, el ver, después de aquella época, acampados los turcos delante de los muros de Viena.

Pues si la civilización moderna no tenía nada que temer de los enemigos externos, tampoco corría ningún grave peligro en el seno de los Estados. Habían ya pasado los tiempos de la feudalidad; y no podía esta recobrar su imperio. Los adelantos de la industria y del comercio daban cada día mas peso a las clases medias; y hasta el instinto de la conservación, y el anhelo de gozar sosegadamente el fruto del trabajo, apinaban a las naciones al rededor del trono, como símbolo permanente de orden y de seguridad. La potestad régia se arraigó hondamente en el suelo, labrado por los brazos del pueblo, y casi totalmente despojado de la maleda del régimen feudal. Tan fuerte era esta tendencia, que no se detuvo hasta llegar a la monarquía pura: era aquel su tiempo; y tuvo que cumplirlo. Recorriendo aquella época, hállese en ella tal cual conato de rebelión popular, así como uno que otro esfuerzo de los antiguos señores para recobrar su poderío; pero casi todas aquellas tentativas se malogran; y rara vez se menoscaba el principio monárquico. Quizá no se halle sino una sola excepción señalada; pero ella misma antes corrobora que en la época la regla general. Cae en Inglaterra el solio, y cayendo coje debajo a un rey... pero aquel vuelve pronto a levantarse, casi sin esfuerzos... Sufré nuevo empuje y vacila; pero no viene a tierra... Al mirarle vacante, la nación misma que acaba de arrojar a su monarca, se siente como asombrada y temerosa, acudiendo solícita a un príncipe vecino, para buscar un príncipe extranjero y brindarle con la corona!

Al contemplar aquella época, vemos los objetos con una claridad, confusa, difícil de percibir; como vemos los objetos materiales, al despuntar el día... Pero, poco a poco, se van distinguiendo, se dibujan con mas claridad, y podemos determinar sus contornos... De esta suerte, al llegar al siglo décimo-quinto, quedamos como sorprendidos y absortos, al ver aparecer en Europa grandes naciones!

Una nueva era comienza... Y no parece sino que se respira con mas anchura y desahogo, previendo los pasos inmensos que va a dar la civilización!

El orden se avanza en el seno de los Estados, a la sombra tutelar del trono; la decadencia del poder feudal, juntamente con los progresos de la industria y del comercio, van aproximando poco a poco las diversas clases, uniéndolas con lazos que cada día van adquiriendo mas fuerza y robustez; las relaciones mutuas entre las naciones se tornan tambien mas frecuentes, mas íntimas... En una palabra; el espíritu de unión, de fraternidad que constituye, por decirlo así, la esencia de la civilización, se propaga y se estiende con celeridad asombrosa.

Pocos espectáculos hay tan grandes y magníficos en la historia del mundo, como contemplar los primeros pasos de aquella nueva civilización, que siente sus propias fuerzas, y quiere ponerlas a prueba. Echase de ver el ímpetu, la impaciencia, la temeridad de la edad juvenil; nada detiene a aquel siglo; no hay camino que no ansie recorrer... Diríase que quiere desquitarse en un día el ocio de diez siglos!... Y sino, contemplad, señores, con qué ardor se entregan, en aquella época, al estudio de la antigüedad. Aquí registran los archivos; allí escavan las ruinas; por todas partes buscan los códigos antiguos, los viejos manuscritos, las obras maestras de la literatura y de las artes! Se desentierra, si es lícito expresarse así, se desentierra a antigua civilización, para señalar el punto de partida de la civilización que va a sucederle! Todo concurre al triunfo de esta: hasta el acaso la favorece a maravilla. Al pergamino, que hacia que antiguamente fuesen los libros un objeto de lujo, le reemplaza el papel, mas modesto, pero mas útil; y por decirlo así, mas democrático... Sirvense ya de él, para difundir y divulgar las ideas por medio de la escritura... Empero, a mediados del siglo décimo-quinto, este medio no basta a la actividad que reina en los ánimos; han menester otro, mas pronto y de mayor alcance, que imite, hasta cierto punto, la extensión y la velocidad del pensamiento... Y en este momento de urgentísima necesidad, se descubre la imprenta!

Las mejoras que habían recibido los instrumentos de la navegación, los progresos de la geografía y de la astronomía, el relato de los viajes, y hasta los montes de maravillas que se refieren allá de luengas tierras, todo contribuye a inflamar la fantasía de aquella nueva generación, que no puede permanecer sosegada; tal es el exceso de vida y de vigor que s'ente!

Hasta a quel tiempo había bastado una sola vía para encaminarse al Oriente. A fines del siglo décimo-quinto, se busca otra, y se la encuentra, costeando el Africa; pero en el punto mismo en que se ha descubierto este paso, ya se apeseece otra tercera senda... Colon se lanza, en un miserable bajel, en medio de los mares desconocidos, y buscando el camino del Oriente, encuentra al paso un Nuevo Mundo!

Si no temiese alejarme demasiado de mi asunto y abusar de vuestra indulgencia, tal vez sería esta la ocasión de detenernos un momento, para indicar de lejos los resultados inmensos, si bien poco perceptibles al principio y casi ignorados, que debía acarrear tamaño acontecimiento verificado en aquella época. Cabalmente, cuando la civilización moderna acababa de tomar el vuelo, es cuando halló aquel terreno fértil, para derramar en él las semillas que habían de fructificar con el tiempo. Lo que el Asia había hecho por la Europa, lo hizo a su vez la Europa por la América; casi pudiera decirse que la civilización sigue el curso del sol, de levante a occidente!

Tambien sería esta la ocasión de pagar un tributo de justicia a las naciones que llevaron a cabo aquellos grandes descubrimientos, haciendo penetrar en aquellas apartadas regiones la luz de la religión católica, juntamente con los beneficios de una civilización mas adelantada. Gran parte de semejante gloria (permitidme, señores, este recuerdo de mi patria) toca de derecho a España... Esto la desgarraría de tantas falsas imputaciones, de tantas calumnias como se han propalado contra ella... Ya que es menos poderosa, puede hacerse plena justicia. Pocas naciones en el mundo han tratado a sus colonias con tanta prudencia y mansedumbre; pocas naciones las han regido con leyes tan favorables a los naturales del país... Ahora que aquel inmenso imperio se ha desmoronado, formando con sus escombros tantos estados, ahora puede verse si la denominación de Castilla había sido allí tan dura y opresiva, que hubiese atajado los progresos de la civilización... Escusadme, señores... Vuelvo a tomar el hilo de mi discurso.

El impulso que habían recibido las naciones a fines del siglo décimo-quinto, fué demasiado general a la par que fuerte, para que se detuviese en su carrera. No era aquel un mentido progreso de escasa duración; la civilización moderna, en el acto mismo de nacer, se hallaba ya al abrigo de todo fracaso, que pudiese poner en riesgo su futura suerte. No tenía que temer una nueva irrupción de la barbarie. Cabalmente a tiempo que se descubría el nuevo mundo no se estimó suficiente arrojar a los mares de España; sino que se fué a guarnecer contra ellos en Africa... Era de una importancia capital para la Europa encerrar en su territorio a aquellos pueblos belicosos, para que nunca mas volvieran a amenazar nuestras comarcas. Verdad es que los turcos se habían establecido en Constantinopla, no hacia mucho tiempo; pero la batalla de Lepanto dió en breve un golpe mortal a su poder marítimo, y en la situación política y militar en que se encontraba la Europa, cada día debía disminuir el peligro que la amagaba por aquella parte... Sorpresa causa y maravilla, como si recordase uno de un pesado ensueño, el ver, después de aquella época, acampados los turcos delante de los muros de Viena.

Pues si la civilización moderna no tenía nada que temer de los enemigos externos, tampoco corría ningún grave peligro en el seno de los Estados. Habían ya pasado los tiempos de la feudalidad; y no podía esta recobrar su imperio. Los adelantos de la industria y del comercio daban cada día mas peso a las clases medias; y hasta el instinto de la conservación, y el anhelo de gozar sosegadamente el fruto del trabajo, apinaban a las naciones al rededor del trono, como símbolo permanente de orden y de seguridad. La potestad régia se arraigó hondamente en el suelo, labrado por los brazos del pueblo, y casi totalmente despojado de la maleda del régimen feudal. Tan fuerte era esta tendencia, que no se detuvo hasta llegar a la monarquía pura: era aquel su tiempo; y tuvo que cumplirlo. Recorriendo aquella época, hállese en ella tal cual conato de rebelión popular, así como uno que otro esfuerzo de los antiguos señores para recobrar su poderío; pero casi todas aquellas tentativas se malogran; y rara vez se menoscaba el principio monárquico. Quizá no se halle sino una sola excepción señalada; pero ella misma antes corrobora que en la época la regla general. Cae en Inglaterra el solio, y cayendo coje debajo a un rey... pero aquel vuelve pronto a levantarse, casi sin esfuerzos... Sufré nuevo empuje y vacila; pero no viene a tierra... Al mirarle vacante, la nación misma que acaba de arrojar a su monarca, se siente como asombrada y temerosa, acudiendo solícita a un príncipe vecino, para buscar un príncipe extranjero y brindarle con la corona!

Al contemplar aquella época, vemos los objetos con una claridad, confusa, difícil de percibir; como vemos los objetos materiales, al despuntar el día... Pero, poco a poco, se van distinguiendo, se dibujan con mas claridad, y podemos determinar sus contornos... De esta suerte, al llegar al siglo décimo-quinto, quedamos como sorprendidos y absortos, al ver aparecer en Europa grandes naciones!

Una nueva era comienza... Y no parece sino que se respira con mas anchura y desahogo, previendo los pasos inmensos que va a dar la civilización!

El orden se avanza en el seno de los Estados, a la sombra tutelar del trono; la decadencia del poder feudal, juntamente con los progresos de la industria y del comercio, van aproximando poco a poco las diversas clases, uniéndolas con lazos que cada día van adquiriendo mas fuerza y robustez; las relaciones mutuas entre las naciones se tornan tambien mas frecuentes, mas íntimas... En una palabra; el espíritu de unión, de fraternidad que constituye, por decirlo así, la esencia de la civilización, se propaga y se estiende con celeridad asombrosa.

El orden que reinó mas ó menos en todos los Estados de Europa, durante la época que vamos recorriendo, consistió que se desarrollasen los elementos de la civilización. El descubrimiento de las Américas habia dado un impulso, desconocido hasta entonces, al espíritu mercantil, estrechamente civilizador. Nuevas necesidades crearon nuevos vínculos entre las naciones; acercáronse mutuamente y cambiaron los frutos de todas las comarcas de la tierra... Y aun ese comercio material contribuyó grandemente a la comunicación de las ideas: como las semillas que lleva el viento, y van a fecundar a apartadas tierras. La seguridad que se habia afianzado en el seno de los Estados, y el bienestar de los pueblos, que iba cada día en aumento, debían por precisión dargan vuelo a los ánimos inclinándose a cultivar con fervor las ciencias. Esta era como la coronación del edificio; a la civilización tocaba darle cima y remate. Hemos llegado, señores, a una época muy gloriosa para la Francia. La Italia, que habia precedido en esta carrera a las demas naciones, como que habia bebido antes que ellas en las puras fuentes de la antigüedad, apenas conservaba ya sino monumentos y recuerdos.

España, que tambien habia reinado a su vez, dilatando por tantos climas su dominación y su lengua, y haciendo partícipes a otros muchos del rico tesoro de su literatura y de su teatro, se veia decaída de su lustre intelectual, así como de su poder político... No parece sino que hasta el genio huye de la desgracia!

Inglaterra, separada del continente y empeñada por tan largo espacio en contiendas civiles y religiosas, no habia llegado todavia a la época en que tenia que ejercer tan grande influjo por sus profundos filósofos, y después por el ejemplo de sus instituciones, elaboradas con sumo trabajo en su seno, durante muchos siglos.

En el décimo-septimo, el cetro correspondía de derecho a la Francia... Aquel siglo lleva todavia el nombre de Luis décimo cuarto!

Desde aquella época, es cuando se echa de ver principalmente el imperio de la inteligencia... En la edad media, los restos que se salvaron de la destrucción habianse refugiado a los monasterios... En aquellos tiempos, únicamente la iglesia podia conceder el derecho de asilo.

Después de transcurrido largo tiempo, comenzó el entendimiento humano a ascender aquella especie de letargo; y cuando logró al cabo desembarazarse de muchas trabas, tuvo por muy dichoso, viéndose mas libre... ¿Cómo hubiera podido, tan en breve, aspirar a ejercer gran influjo en la suerte misma de la sociedad? Empero esta época tenia tambien que llegar; y llegó en efecto. La filosofía reclama con títulos muy valederos una parte bastante cumplida en la civilización de la Europa moderna.

Contemplad, señores, sus conatos y esfuerzos, para ensanchar el campo de los conocimientos humanos, para aplicarlos a la utilidad comun, para extirpar todo linaje de errores y de preocupaciones. Al propio tiempo reclama la reforma de las instituciones, la mejora de los códigos, la mitigación de las penas; deja en desuso los suplicios atroces, destierra poco a poco el tormento, y apaga al cabo las hogueras de la inquisición! Busca los restos de la servidumbre, para borrar hasta sus vestigios; condena las persecuciones religiosas, que tantas veces habian ensangrentado a la Europa; afanase, por último, a fin de poner a los gobiernos y a las naciones al nivel de la civilización!

Conviene proclamarlo sin temor. No deben achacarse a la filosofía los daños que han hecho al mundo el saber a medias y la impiedad; así como sería sobradamente injusto imputar a la religión los males que han causado la superstición y el fanatismo. No: el filosofismo no es la filosofía, aun cuando ostente su engañosa apariencia; una parella no es el sol!

Las ideas mas tarde ó mas temprano se convierten en hechos... Esan tan cerca la cabeza y el brazo!... Es por lo tanto fácil de notar, durante el curso del siglo décimo-octavo, los efectos que producen en gran número de naciones las doctrinas de reformas y de mejoras, que a tal punto se habian propagado. Apenas habra una sola nación en Europa que no se lance con mas ó menos fervor, en la nueva carrera: el anhelo es tan grande, que a veces falta la prudencia... No se quiere hacer el caso conveniente ni ni de la estación del clima. Pedro el Grande quiere hacer adelantar a sus pueblos, como suelen cogerse algunos frutos poco maduros, a palos... José II, en los Países Bajos, pone la civilización en estufa... Hay sin embargo otros príncipes, como Leopoldo, que plantean las reformas con mas oportunidad y sazón; mostrándonos en la Toscana como el bello ideal de la monarquía pura.

Hasta algunas naciones que estaban muy lejos de disfrutar igual dicha, y a las cuales se creeria tal vez enteramente apartadas del movimiento general, dan tambien algunos pasos atrevidos en la misma senda. En Nápoles, bajo un gobierno absoluto publica Filangieri su excelente obra sobre la Ciencia de la legislación; y Becaria su Tratado de delitos y penas. En España salen a luz los escritos de Macanaz, los de Campomanes sobre la industria popular, sobre amortización, y otros mas famosos todavia contra las desmesuradas pretensiones de la corte de Roma; Covarrubias defiende la prerrogativa real contra los abusos de la jurisdicción eclesiástica, y hasta de la inquisición misma, escribiendo a su vista; Lardizabal reclama a nombre de la filosofía, la reforma del código penal; mientras que entre tantos hombres célebres descuella Jovellanos, dedicando su clarísimo entendimiento a todo lo que es noble, grande, glorioso para su patria!

En medio de este progreso general, palpable, estalló la revolución francesa... ¿Fue necesario ó al menos conveniente...? ¿Pudo ó no pudo evitarse? ¿Cuáles fueron sus causas verdaderas? Cuestiones son estas a cual mas importantes, y todas ellas de muy difícil solución... Medio siglo ha pasado ya después de aquel gravísimo acontecimiento; y aun nos tiene como aturridos!

Mas sea cual fuere el juicio que se forme acerca de aquella revolución, destinada a cambiar la faz del mundo, imposible es dejar de conocer que contribuyó poderosamente a que la civilización adelantase. Dió sin duda un fuerte sacudimiento al cuerpo social, y aun le amenazó con hacerle recluir hasta la barbarie; pero al propio tiempo que unos hijos ingratos condenaban y perseguían la civilización y cultura, arrojábanse semillas provechosas en aquel suelo, a la sazón estremecido; semillas que debían echar raíces y florecer un día! Al salir de aquella crisis, encontré la Francia mas fuerte y poderosa que antes; sin que hubiese menester, para recobrar sus fuerzas, sino algún orden y sosiego.

Un hombre extraordinario cogió con su poderosa diestra las riendas del Estado; y cabalmente a punto que el siglo décimo-octavo terminaba su azarosa carrera, se ve aparecer a Napoleón, como para inaugurar el siglo que iba a comenzar, imprimiéndole un sello de grandeza!

Magnífica, a no haber mas, fue aquella inauguración; proclamando a la faz del cielo y de la tierra los principios en que descansaba el orden social, y levantando del suelo los derribados altares! Fue aquella, al propio tiempo, una espacion solemne, y un buen agüero para la edad que con tan faustos auspicios comenzaba!

No es esta la ocasión de juzgar el sistema político de Napo-

león; mas era provincia de su índole y carácter, ora de que así lo exigiese la situación en que se encontraba, desde el punto y hora que estableció en Francia una especie de dictadura, y que aspiró a establecer otra en Europa, según el propio ha confesado, tuvo necesidad de la guerra y de una guerra casi perpetua... Tal es, en mi concepto, la clave de la historia del imperio. Sin embargo, en medio de los estragos de la guerra, que recorrió toda la Europa, los esfuerzos constantes de Napoleón para llegar al logro de su objeto, el contacto en que se hallaron tantas naciones, sus relaciones reciprocas, las reformas y mejoras que por todas partes se planteaban, hicieron que cayesen por tierra muchos abusos envejecidos; y dando un recio impulso a los pueblos de Europa, adelantaron los progresos de la civilización. Yo no califico el medio; indico meramente sus efectos. Por lo que a mí toca, estimo que nada en el mundo puede compensar a una nación la pérdida de su independencia, así como nada puede compensar a un hombre la pérdida de su honor!

Después de caído Napoleón, y cuando se hubo desvanecido algun tanto la polvareda de los campos de batalla, echáronse de ver los adelantos que habian hecho las naciones de Europa, en medio de la lucha recién terminada. No hablabá de la Bélgica, ni de las comarcas que yacen a la orilla izquierda del Rhin, y durante todo aquel tiempo, habian permanecido agregadas a la Francia; ni de algunos países de Italia, en los cuales quedaron tantas huellas y señales de su dominación; pero hasta la Alemania misma habia cambiado de faz. Centenares de mezquinas soberanías desaparecieron de aquel suelo; y en su lugar se levantaron grandes Estados, con un principio de vida tal, que habia de darles en breve el desarrollo que admiramos. En Roma, en Nápoles, en el Piemonte, los monarcas que volaban a asentarse en sus tronos, encontraban mejoras importantes, que se habian planteado durante su ausencia; viéndose casi forzados a prohibir algunas de aquellas reformas a que se habian aficionado los pueblos. Hasta en la España misma (y cuenta que voy a hablar de la nación a que Napoleón trató peor) es cosa digna de notar los esfuerzos que hizo, para aplacar la ira de aquel pueblo, tan justamente indignado; ofreciéndole mejorar sus instituciones, sus leyes, su régimen administrativo... A las puertas de Madrid, dicta Napoleón benéficos decretos; y el mismo que habia ahogado en Francia la voz de la nación, y que, por aquel tiempo, desgracia en su propio reino hasta el simulacro del régimen representativo, anunciaba que iba a resucitar las Cortes de España, dándole como prenda y fianza una Constitución.

No sé yo si me engaño; pero estudiando a fondo la historia, como que se culebra en ella algo de misterioso y providencial... Los acontecimientos mas lejanos encadenan a veces; y los autores desaparecen de la escena del mundo, en cuanto se termina el papel que han de representar. Napoleón habia sido un instrumento poderoso en manos de la Providencia; pero, en el momento de su caída, ya habia pasado su tiempo... y a tal punto, que cuando a los pocos meses volvió a Francia, no pudo ya encontrar su puesto!

Si la guerra habia, hasta cierto grado, favorecido los progresos de la civilización, a la paz tocaba afirmarlos. Después de una cadena de combates, que apenas habian dejado un día de respiro, no menos que por espacio de la cuarta parte de un siglo, muy natural era que los pueblos sintiesen vivísima necesidad de descanso. Las ventajas mismas que a tanta costa habian comprado, y cuyo disfrute se les hacia cada día mas grato, aumentaban su afición a la paz. Los gobiernos por su parte, animados de sentimientos elevados y nobles, y contenidos ademas por el temor de empeñarse en nuevas contiendas, en medio del desasosiego de los ánimos, y del afán con que pedian constituciones y reformas, evitaban con solícito anhelo todo motivo de pugna entre ellos; y por un concurso feliz de circunstancias, la tendencia pacífica, que se habia apoderado juntamente del ánimo de los gabinetes y del de los pueblos, se ha hecho casi el rasgo característico de la época presente.

Esta tendencia, señores, es sumamente favorable a los progresos de la civilización. No se trata de entrar en la enumeración de cada hecho de por sí, ni menos de calificarle; pero, contemplándolos en su conjunto, inclinado me siento a creer que la época actual no dejará de excitar vivísimo interés en las generaciones venideras. Ni es cosa muy comun, a la verdad, este conato de los gobiernos y de las naciones por alejar el azote de la guerra, como lo han conseguido ya por tantos años... La cuestión de menos monta de las que se han suscitado recientemente, hubiera bastado en otro tiempo para abrasar a la Europa!

Esos congresos, esos protocolos, esas negociaciones perpétuas, a pesar de todos sus abusos y defectos, son un síntoma palpable del espíritu del siglo, indican su deseo de ver reemplazada la lucha a viva fuerza con la discusión razonada. El entendimiento aspira a recobrar su imperio sobre la fuerza material en las relaciones que median entre las naciones; así como, allá en otro tiempo, se procuró respecto del orden civil establecer la jurisdicción de los tribunales, desterrando los combates singulares y otras pruebas semi-bárbaras. Napoleón habia dicho, a fines del siglo pasado que habia llegado la era de los gobiernos representativos; y lo que dijo respecto de aquel tiempo, se ha mostrado con mas claridad después de su caída. Desde entonces casi todas las naciones de Europa han hecho tentativas, con mas ó menos éxito, para mejorar sus instituciones. A veces los gobiernos mismos se han puesto a la cabeza de la reforma política; a veces las naciones han querido verificarlo de su cuenta y riesgo, lanzándose en la azarosa carrera de las revoluciones... Pero en uno u otro caso, no deja de ser cierto que esa tendencia, esos conatos, ese malestar, si se quiere, prueban suficientemente una necesidad que aqueja a la sociedad europea. Lejos de nosotros el deseo de imitar a los empiricos que recetan la misma medicina para todas las dolencias del cuerpo social!

No se puede aventurar así la suerte de las naciones a una vana fórmula... Sin embargo, preciso será buscar un medio u otro, para dar a los intereses de cada país, prendas y fianzas, que los pongan a salvo de los abusos de la autoridad.

El desarrollo que han tomado la industria y el comercio, el crédito, (esta nueva potencia de las sociedades modernas) el influjo cada vez mayor de las clases medias, los progresos, en una palabra, que de día en día va haciendo la civilización, reclaman imperiosamente que se establezca cierto acuerdo y consonancia entre el estado actual de la sociedad y las instituciones que han de regirla. Cuando ha crecido el cuerpo, necesita mas ámbito para vivir y moverse.

Me parece que hay cierta semejanza entre nuestra época y el siglo décimo quinto; con la diferencia de que este tenía todas las cualidades de la adolescencia; y nosotros tenemos quizá las prendas y los defectos de la edad procreta. Sea de ello lo que fuere, os ruego, señores, que recordéis contra algunos de los rasgos de semejanza que se notan entre ambas épocas. La misma inquietud vaga, la misma vehemencia, que anuncia que se aproxima una nueva época... ya se tiene el presentimiento!

La afición a viajes lejanos, el afán de descubrimientos, que caracterizó al siglo décimo-quinto, anima tambien al nuestro. No nos bastan las sendas que abrieron entonces Vasco de Gama y Colón; queremos ademas volver a hallar y acor-

lar el camino, que sirviera por tan largo tiempo para mante-
ner la comunicación entre Europa y Asia... Las miradas de
las naciones mercantiles se tornan otra vez hacia el mar Rojo
y el Eufrates; y esta es ahora una segunda intención en los
cálculos de la política, al ocuparse con tan señalada predilección
en la suerte del Egipto y de la Siria.

Ufano se mostraba el siglo decimo quinto, por haber descu-
bierto un nuevo mundo... En nuestros días se han ensanchado
á tal punto los límites del orbe que hemos añadido la quinta
á las cuatro partes de la tierra!

En aquella época de grandes descubrimientos, se tuvieron
los hombres por muy dichosos con haber hallado un paso en-
tre el mar Atlántico y el gran Océano... Pero á nosotros no
nos basta el estrecho de Magallanes; necesitamos una vía mas
corta, sin tener que dar un gran rodeo... Paes bien: en breve
se abrirá el istmo de Panamá, y se dividirá en dos partes la
América, para dejarnos libre el paso!

Entretanto, la Francia toma ya su puesto; posesionándose
de las *Islas Marguerras* (permítanme, señores, que les dé to-
davía el nombre español); al propio tiempo que toma bajo
su protección las islas de Otaíti en que se han arrojado, como
tantas veces, las semillas de la civilización con el primer albor
del cristianismo!

En el Asia, el portentoso imperio que ha levantado allí la
Gran Bretaña, sus expediciones, sus conquistas, y mas quizá
sus relaciones mercantiles ponen á aquellos países en contac-
to con la Europa; y para que no dejemos de admirar ninguna
maravilla, acabamos de ver hundirse la famosa muralla
de la China, que habian respetado tantos siglos!... Quién sa-
be! Tal vez la Europa está próxima á pagar al Asia una anti-
gua deuda; y esos puertos del celeste imperio que acaban de
abrirse al pabellón extranjero, abrirán juntamente la entrada
á una nueva civilización, mas en consonancia con el espíritu
del siglo!

Donde quiera que volvamos la vista, observamos por todas
partes esfuerzos mas ó menos afortunados, para ad-plantar la
obra de la civilización. En América los Estados Unidos ofrecen
un fenómeno sin ejemplo en los anales del mundo; un pueblo,
nacido, por decirlo así, ayer, compete ya con la vieja Euro-
pa. Con la emancipación del Brasil ha cobrado vida un nuevo
imperio con todos los elementos de poder y grandeza... Los
Estados, que ocupan el lugar de las antiguas colonias espa-
ñolas, vense alijidos todavía por una revolución larga y traba-
josa; pero es de esperar que, en cuanto cobren su asiento,
desarrollen los abundantisimos recursos que tienen á su al-
cance.

En Africa, hemos lavado una antigua mancha de la Euro-
pa: la piratería. Lo que no habian alcanzado las fuerzas de
un Carlos V y de un Luis XIV, lo hemos conseguido faci-
lmente nosotros. Las potencias cristianas no tendrán ya que
pagar un deshonroso rescate; y hasta es harto probable que
con la reciente ocupación de las costas del norte, se obligue á
internarse á aquellas gentes bárbaras, ensanchando poco á
poco la zona de la civilización.

Por otra parte se trabaja sin tregua ni descanso en penetrar
en lo interior del Africa, en sorprender el nacimiento de sus
ríos, y en anudar con aquellos naturales vínculos de comer-
cio... Al proscribir, de común acuerdo, el tráfico de negros,
(causa perenne de guerra intestina y de barbarie) no solo
han practicado los gobiernos de Europa una buena acción á
los ojos de Dios, sino que juntamente han destruido uno de
los mejores obstáculos que se han opuesto hasta de presente
á la civilización del Africa.

La del Egipto ha hecho, en nuestros días, progresos asom-
brosos. La mansion, aunque corta, que allí hicieron los ejér-
citos franceses, el contacto con las naciones cristianas, depu-
sitaron las semillas que muy luego prendieron en aquel suelo
privilegiado. La Europa empieza ya á recoger el fruto; en sus
cálculos, en sus esperanzas cuenta con la civilización del
Egipto.

Aun mas afortunada la Grecia ha alcanzado, por pre-
mio de sus sacrificios, una independencia completa. La vispe-
ra, no era mas que una provincia turca; al día siguiente,
era ya una nación. El cristianismo ha obrado este mi-
lagro.

Hasta ese imperio de Tarquía, cuyos miembros se van
pesprendiendo unos tras otros, y que parece estar bregando
con una larguísima agonía, hace también esfuerzos para ca-
minar por la misma senda. El reinado de Mahmond ha sido
una crisis inevitable. La antigua fuerza del estado habia ya
desaparecido: los antiguos resortes hallábanse gastados; hu-
bo que tentar, pues, el darles nuevo temple.

Es verdaderamente un espectáculo, que á la par inspira
admiration y lástima, contemplar á aquel imperio, que ha
permanecido como un campamento cerrado en un confin de
Europa, no menos que por el trascurso de cuatro siglos, sin-
tiéndose el propio desfallecer; y basándose en una regenera-
ción radical un nuevo principio de vida. Hasta ahora habia
mirado á la Europa cristiana con desden, por no decir des-
precio; ahora vuelve los ojos hacia ella, envidia su suerte,
la toma por dechado... En vano la ley del profeta se opone á
esa tendencia; el impulso de la civilización moderna es tan
fuerte, que penetra hasta dentro de Constantinopla, arro-
llando á los genizaros y pisoteando el Alcorán!...

Todas esas reformas sean mas ó menos oportunas, que se
manifiestan desde la vestidura y el turbante hasta en las leyes
del imperio; ese edicto de *Gulhané* (tributo pagado hasta por
los turcos á la mania constitucional del siglo); esos mira-
mientos que se tienen con los súbditos cristianos, tratados
antes con tanta dureza; esas relaciones cada día mas íntimas
con las demas potencias; esa imprenta, que ha llegado á
salvar hasta las paredes del Serrallo; esas gacetas que se pu-
blican en Constantinopla y en Esmirna; ¿no son otros tantos
síntomas manifestos de que el imperio otomano está en vispe-
ras de una revolución? Cuán desdichada es su suerte! No
puede permanecer en la barbarie, y la civilización le mina,
le disuelve!

Entre las varias causas que han puesto á nuestro siglo en
el caso de cumplir su brillante destino, ocupa un lugar muy
principal el *espíritu de asociación*. Nunca, en ninguna épo-
ca, ha adquirido igual desarrollo, ni aun intentándolo, lo
habria conseguido. Su mera existencia indica ya un gran
adelantamiento en la civilización. Há menester, para desar-
rollarse, que el *orden social* se halle afianzado, y que se
disfrute en el seno de los estados cierta dosis de libertad, y
la paz le es necesaria, para alzar mucho el vuelo. Ha nacido
de la civilización; y á su vez la ampara y favorece; aproxima
á las clases, y aproxima tambien á las naciones; trabaja con-
stantemente y á veces sin saberlo, en unir á los pueblos y en
mantener el buen acuerdo entre los gabinetes; se opone, por
una especie de *instinto*, á toda perturbación del cuerpo so-
cial.

Multiplicando hasta lo infinito las fuerzas del hombre, no
hay obstáculo que no supere, ni empresa que repate fuera
de su alcance. Y sino, contemplad, señores, los prodigios que
por todas partes engendra. Pudiera decirse que hemos halla-
do en él la palanca de Arquímedes, para levantar en peso
al mundo!

Este siglo se estrenó allanando los Alpes para acercar entre
si á grandes naciones... Era como el anuncio de su poder y
de su destino! Contribuyendo á los progresos de las ciencias,

y dedicándose sobre todo á hacer de ellas útiles aplicaciones,
se ha aprovechado hábilmente de los ensayos, de los descu-
brimientos, hasta de los errores de las edades que le han prece-
dido. Perfecciona cuando no inventa: pone en contribución
á toda la naturaleza; y hasta anhela encontrar obstáculos,
por tener la gloria de arrollarlos!

Habíamos visto, allá en el Asia, mezquinos puentes, débil
tejido de cuerdas, que tiemblan bajo la planta del viajero
aterrado... Y de pronto se ocurre la idea de los *puentes col-
gantes*... No hay ya río rebelde; puede decirse con toda
verdad, que se le sujeta con cadenas de hierro!

Empero no es bastante pasar por encima de los ríos; se de-
sea caminar por una senda que nunca hasta ahora haya abierto
el hombre... Se intenta por primera vez, debajo del Táme-
sis, y al atravesar aquella bóveda subterránea, al opaco res-
plandor de las luces, y al pensar que centenares de barcos
van navegando sobre nuestras cabezas, se experimenta un
sentimiento inesplicable, de terror á la par y de orgullo!...

Nunca se ha descendido tanto como al presente en las
entrañas de la tierra: se le ha taladrado el seno, para sondear
sus mas íntimos arcanos, y para arrancarle los manantiales
que negaba á las necesidades del hombre!...

Nunca tampoco se ha elevado este á tanta altura... No le
ha bastado trepar hasta la cima de los montes mas encum-
brados se ha remontado con los instrumentos de física en la
mano... Esta gloria, señores, pertenece á la Francia; ufana
debe estar de haber dado el ser á tales sabios!...

La impaciencia de nuestro siglo es tal, tan vivo su afán
por propagar las ideas, que no hay medio de que no se valga
á trueque de lograr su objeto. La escritura, hasta la impre-
nta misma le parecen insuficientes; la carrera á galope lento
y tardía... Acaba de nacer el telégrafo; y ya se le repita
viejo y perezo... Se están practicando ensayos para trans-
mitir el pensamiento á una inmensa distancia, por medio del
fluído eléctrico, y con la celeridad del relámpago.

El descubrimiento de las *máquinas de vapor* bastaria por sí
solo para hacer la fortuna de este siglo y darle fama... Tal
vez este descubrimiento vá á hacer una revolución en el mundo!
Es una invención tan reciente, que hasta podemos contar
sus días de existencia; y ya sus aplicaciones no tienen número
sus efectos rayan en maravilla... Las artes mecánicas, la in-
dustria han mudado de faz así como la navegación y el comer-
cio... El influjo del vapor se hace sentir en todo... El acerca
á los pueblos, y pone en contacto las mas apartadas regiones...
ahorrando el tiempo, y acortando la distancia, alarga la vida
del hombre! Vemos sin sorprendernos largas hileras de carros
que recorren los caminos conduciendo por un poder invisible
Vemos en los mares un sin número de bajeles, que navegan
en todos rumbos; á pesar del viento y contra la corriente de
las olas... y ya se nos anuncia una *navegación por los aires*.
Tan acostumbrados estamos á maravillas y portentos, que en
vez de acoger semejante anuncio con una sonrisa de lástima,
casi sentimos curiosidad de ver con nuestros propios ojos
sus efectos!

Aun no está nuestro siglo á la mitad de su carrera y con-
templad, señores, lo que lleva ya hecho!... ¿quién podrá
decir con exactitud lo que tiene que llevar á cabo?... Mas en
medio de tanto próspero suceso, y no obstante la fortísima
tendencia que le lleva á procurar mejoras materiales, no debe
olvidar, en mi concepto, que hay otro orden de ideas mas
elevado, mas importante aun para la felicidad del hombre y
de la sociedad. Tal es la *mejora moral*, tanto mas necesaria
cuanto que la civilización ha llegado á un altísimo punto, y
que los pueblos aspiran á ejercer gran influjo en el gobierno.
Las instituciones políticas, hasta la civilización misma corre-
ría grave riesgo, si se desatendiese el darles, en una *educa-
ción moral y religiosa*, un cimiento sólido y duradero, no
menos favorable á la causa del *orden* que á la de la verdadera
libertad!

En la segunda sesion del *Congreso histórico*, después de
agotada la lista de oradores inscritos para tratar la cuestion
propuesta, el presidente, el mismo ilustre señor Martinez de
la Rosa, sube á la tribuna é improvisa el siguiente dis-
curso:

SEÑORES! Habiendo tenido la honra de abrir esta discusion,
voy á tantear el decir unas cuantas palabras, para cerrarla...
es una obligación que me toca desempeñar.

Ante todas cosas debo dar las mas sinceras gracias á todos
los oradores que han tomado la palabra, por los elogios de que
me han colmado. El discurso que tuve el honor de pronunciar
en vuestra presencia, no era un cuadro de la civilización, ni
era ni podia ser mas que un bosquejo.

Así es que se han hallado en algunas partes mas débiles,
se ha notado tal cual vacío, se ha dado mas ó menos impor-
tancia á este ó á esotro punto; pero el discurso no ha sido in-
pugnado ni en su espíritu ni en su conjunto. El primer ora-
dor que tomó la palabra después de mí, Mr. Cellier, pronun-
ció un discurso, en el cual pidió la libertad completa de la en-
señanza; cuestion grave, espumosa, que abre un campo vastísimo,
en el cual no quiero yo lanzarme. Me bastará decir que esa li-
bertad, así como todas las demas debetener ciertos límites; me
bastará decir que no se puede, ni en semejante materia ni en nin-
guna otra, aseatar principios demasiado absolutos. Si es muy
importante alcanzar la libertad de la enseñanza, como la enseñanza
es á su vez importantísima para el porvenir de la sociedad, menes-
ter es que esta tome precauciones, para prevenir los abusos y
excesos de aquella libertad.

Mr. de Lépine, que ha entrado en esta senda, ha sostenido
su tesis con el fuego y vehemencia que tan conocidos son de
vosotros.

Por lo que á mí toca, creo que en esta cuestion, así como
en otras muchas, conviene no echar en olvido aquella máxima
de la antigüedad, que compendia, por decirlo así, en pocas
sílabas, la sabiduría humana: *ne quid nimis: nada en dema-
sia*... Máxima á la par aplicable á la moral, á la política, á
la literatura... es como un oráculo de la razon!

La enseñanza tiene estrecha conexión con el hombre inte-
lectual, moral, religioso; y si se necesita cierto peso y medi-
da en la libertad que se otorga en materias de escasa impor-
tancia, con mucha mas razon se habrá menester igual mesura,
tratándose de instruccion, de enseñanza, pues que esta "loca"
á los sentimientos mas íntimos del hombre; pues que, reci-
biéndole en la cuna misma, la educación le conduce luego
por todo el curso de la vida, y le acompaña hasta el borde del
sepulcro!

Mr. Fresse Montval ha hecho dos observaciones acerca
de mi discurso. La primera, que habia yo omitido dar al pue-
blo judío la parte que le corresponde en la civilización. En
cuanto á esto, debo contestar primeramente que mi inten-
cion no fue, como ya he dicho, trazar un cuadro demasiado
vasto, superior á mis fuerzas. No me propuse esponer com-
pletamente ante vosotros la civilización antigua y moderna; y
aun no hablé de la antigua, sino para dar alguna idea del
conjunto, y hacer resaltar el contraste que ofrece con la ci-
vilización moderna. Quise hacer ver cuan vejados era para
esta no tener que luchar con los obstáculos que detenan el
curso de la civilización en las naciones de la antigüedad; y
como no tenia que seguir la filiación, por épocas y por orden
cronológico de la historia de la civilización; como no aspira-
ba sino á presentarlos su imagen mas ó menos completa, por
eso dejé á un lado muchos pormenores.

La civilización del pueblo judío debia ocupar un ancho lu-
gar en semejante cuadro? Verdad es que la historia de aque-
lla nacion excita sumo interés... Pero un pueblo poco numeroso, perseguido, errante, casi
sin hogar, que conservó en medio de las naciones esclatadas el
santo dogma de la *unidad de Dios*, no tuvo sino un influjo
muy escaso en la civilización general del mundo. Solo cuan-
do la religion judía se transforma, por decirlo así, al nacer el
cristianismo es cuando ejerce grandísimo influjo! Y no hice
sino pagar un tributo de justicia, al decir que el cristianis-
mo habia salvado la civilización; á tal punto que ni podia
concebirse siquiera como hubiera podido salvarse, en medio de
las irrupciones de los pueblos del norte, si el cristianismo no
hubiese estado ya arraigado en Europa. Empezó á ejercer su
benéfico influjo, cuando todavia se ocultaba en las catacumbas;
desde allí hostilizaba al paganismo, y minaba por el pie los
ídolos; predicando su moral pura, severa, luchando á la vez
con todas las pasiones!... Mas entonces no alcanzaba triunfos,
sino muriendo en medio de los tormentos; hasta que á la
vuelta de cuatro siglos, le vemos ya victorioso en el trono de
Constantino!...

No cometi, pues, por olvido semejante omision; pero no
pude conceder al pueblo judío un lugar mas señalado, aun
cuando no pueda menos de confesarse que su conducta es digna
del mas vivo interés; sobre todo al reflexionar que, cuan-
do atravesaba el desierto, llevaba en el *arca santa el germen
de la civilización*.

Mr. Fresse Montval ha llamado la atención acerca de unas
expresiones de mi discurso, relativas á otro punto. Entre los
obstáculos que embarazaban el curso de la civilización de
los antiguos, coloqué yo á la religion pagana. Dije que era
mas bien un *obstáculo* que no un *medio*; dije que, pues
que la civilización se componia de la mejora intelectual y
de la mejora moral, la religion pagana era un gran estorbo
para esta última; dije, por último, que nunca habia podido
comprender como podia adorarse á Dioses y semi-Dioses que
habian cometido crímenes, que condenaba la conciencia y
que se castigaban en la tierra.

No cabe mayor triunfo para las costumbres y para las
instituciones que haber podido contrarrestar semejante obstá-
culo; á mi entender raya en prodigio! (Aplausos.)

Pero Mr. Fresse-Montval, cuya erudicion es tan notoria,
nos ha dicho que aquellos Dioses y aquellos crímenes no
eran sino otras tantas *alegorías*... es posible, es probable,
es cierto, si se quiere; pero no por eso queda menos en
pie la reflexion que espuse. Ann suponiendo que no fuesen
sino *alegorías*, ¿qué podia hacer en favor de la *mejora mor-
al* una religion que presenta *alegorías* como esas? ¿qué ha-
cia para dejar al alma libre de las pasiones que la esclavi-
zaban, como el siervo amarrado á la tierra? ¿qué hacia pa-
ra purificar el ánimo? ¿qué efecto podia hacer en el pueblo
ver como divinizados el robo y el adulterio?... Pero, se di-
ce, eran *alegorías*! Lo serian para los iniciados; pero el pue-
blo no ve mas que la *certeza*; y hé aquí lo que sucedió!

La religion pagana era tal, que los filósofos se vieron obli-
gados á desechar sus creencias, para desembarazarse de
ella. Así que aquellos sublimes entendimientos se desarro-
llaban, empezaban por desprenderse de las creencias del pa-
ganismo: esto hicieron en Grecia Platon y Sócrates, esto
hizo Ciceron en Roma... El primer acto de todos aquellos
hombres eminentes, al entrar en el templo de la moral, era
dejar á la puerta la religion! (Aplausos.)

No me detendré en otras cuestiones, que acaban de sus-
citarse: no trataré de la literatura clásica ni de la literatu-
ra romántica, ni de las ventajas ó desventajas del desarrollo
industrial, ni de la utilidad ó perjuicios que engendra el
uso de las máquinas; cuestiones todas que nos alejarían de
demasiado de la materia que discutimos. Diré tan solo que
nunca he negado que cada progreso social ofreciese algunos
inconvenientes. Nunca me he aventurado á decir que el de-
sarrollo de la civilización no pudiese ofrecer ningún riesgo.
Al contrario he terminado mi discurso diciendo que era
tanto mas necesario atender á la *mejora moral* (muy impor-
tante para la felicidad de los individuos y de las naciones)
cuanto que la civilización habia llegado á un altísimo punto.
Había, pues, un pensamiento encerrado en estas palabras; á
saber, que la civilización muy adelantada ofrecia tambien
peligros; pues que suministraba mas medios y recursos para
obrar mal.

Dos causas indigné para probar la necesidad de una *edu-
cación religiosa y moral*: la primera, que pues que la civili-
zación ha hecho ya y hace cada día mayores progresos, pre-
cisó era tomar precauciones para impedir sus abusos: la se-
gunda el influjo de esa civilización en las sociedades moder-
nas. Manifesté que, ya que las naciones aspiran, con razon, á
ejercer gran influjo en el gobierno, esta circunstancia recla-
maba que se tomasen precauciones; por cuanto no se podia
admitir á los pueblos á tomar parte activa en el gobierno,
sin exigirles ciertas prendas de moralidad; prendas que no
pueden hallarse sino en la *educación moral y religiosa*. (Aplau-
sos.)

He estimado pues que la civilización, el desarrollo inte-
lectual podian tambien ofrecer peligros... (tan grande es la li-
queza del hombre!) y que no habia otra ancora de salvacion
sino el *sentimiento moral y religioso*, de mas influjo y poder
que las instituciones humanas y de mas subido precio que la
civilización mas adelantada; motivo por el cual cerré mi dis-
curso con esa reflexion.

Después de haber pagado á mi siglo el debido tributo de
alabanza, hice poco mas ó menos lo que hacian en Roma los
triunfadores: hacían que unos cuantos esclavos siguiesen el
carro, voceando y hasta asustándoles alguna que otra injuria.
Dábase rienda suelta al populacho para rebajar algun tanto el
engreimiento de los vencedores, y darles un aviso provecho-
so. (Aplausos.)

(Ciérrase la discusion.)

PARTE INDIFERENTE.

Gaceta del extranjero.

—Segun el *Faro de los Pirineos* del 21, el teniente ge-
neral D. Miguel Ricardo de Alava ha fallecido en Bareges, don-
de fue á tomar baños.

—Han llegado á Perpiñan espulsados por la junta de Va-
lencia el regente de la audiencia D. Vicente Fuster y el
intendente D. Antonio Villaralbo y Frias.

Gaceta de provincias.

Al ver renacer la libertad, esclava bajo el imperio de los
ayacuchos, han empezado su publicacion en diferentes
capitales varios periódicos, tales como el *Correo* en Soria,
el *Cin* en Burgos, el *Murciano Independiente* en Murcia,
la *ATALAYA* en Barbasro etc. etc. Felicitamos á nuestros co-
legas por sus nobles esfuerzos en favor de la causa nacional.

—Dicen de Girona:
Ayer (16) en la Cren del Pandis y llano de Mondois fué
batida la caudilla de los trabucarios; que en número de
18 á 20 llevaban preso al propietario Aulet de San Juan de
Fábrega, á quien pedian por su rescate 500 onzas, el resul-

tado fué matar á uno y librar al preso, cuya batida dieron
los somatenes con algunos soldados salidos al objeto de Vds.

—Escriben de San Sebastian que ha sido nombrado ge-
neral de Guipúzcoa, el general Jauregui.

—Con fecha del 24 nos escriben de Talavera de la Reina
que anoche se ha sabido aquí lo ocurrido en esas inmensas
tropas de Narvaez y Zurbarán, lo que se ha sabido con gran
alegría. Al momento dispuso esta junta de las tropas de la
Militia nacional salieran en diferentes direcciones para estar á la vista de cualquier avenida que
pudiera haber, y esta noche la de caballería ha cogido á
correo de gabinete que enviaba Mendizábal á Alcala de
Henares, y fue por la Puebla Nueva á pasar á Alcala de Henares,
dieron alcance; le han traído aquí y le han puesto á disposi-
cion de la junta de Toledo, llevándole á esta capital. Vn
los pliegos que contenia, le manifestaba Juanón á su amo que
no han tenido otro remedio que rendirse por haberse pasado
las tropas de Zurbarán á Narvaez, cayendo por haberse pasado
y un lujo de Zurbarán. Aquí se goza de tranquilidad y
que Ricafort, en vez de acercarse como se creia, se ha ido
do cerca de Portugal.

Gaceta de la capital.

El brigadier Lemery ha pedido pasaporte para Francia
á donde ha marchado ya.

—Parece que los jardines reservados del Retiro han
dado arrastrados por los nacionales que los han ocupado, du-
rante los últimos días. El *Castellano* dice que han sido de-
traídos tambien varios juegos con que se divertian las
señoras huérfanas.

—Ha salido tambien de Madrid el famoso Sr. Prío de
rector de *Patria*, que ha cesado en su publicacion la
Sres. redactores del *Espectador* han pasado á sus suscrip-
tos un aviso, noticiando suspender por algunos dias sus tra-
bajos huérfanos.

—Ayer día de S. M. la Reina madre y hoy en que la
iglesia celebra los del Santo Apóstol paron de España, la
artillería de plaza ha hecho los disparos de ordenanza.
Anoche se veia tambien iluminado Madrid.

—Por orden de las autoridades se ve hoy un número
inmenso de trabajadores componiendo las intraditables colas
de esta corte. Aplaudimos esta actividad que tantos me-
ritos dará sin duda á este vejado vecindario.

Comunicado.

Señores redactores de EL HERALDO.

Muy señores míos: A la redaccion de la Gaceta digo que
esta fecha lo siguiente:

En la Gaceta de hoy, número 3224, aparece un decreto
por el que se me exonera del cargo de gefe político de Ma-
drid; y como de su texto literal no se infiere que des-
pués de haber llenado mis deberes hice dimision espontánea de
mi empleo y entregué su mando al señor intendente de pro-
vincia, como designado por la ley en aquel caso, he de de-
clarar la publicacion de tal acto, pues no cede á nadie en pri-
cipios de pundonor y delicadeza quien tiene el honor de ser
petitor de Vds. su atento servidor, etc.

En dar cabida en el apreciable periódico de Vds. á estas
cortas líneas, quedará muy reconocido su S. S. Q. S. M. M.

MADRID 24 de julio de 1845.

LUIS SAGASTI.

ANUNCIOS.

QUIEN HUBIESE ENCONTRADO UN RELO DE ORO GUE-
rrino que se perdió en la mañana del 23 desde la redaccion de
El Herald calle de San Miguel, de Alcala, de Calabera, de
Githanos, Aucha de Peligros á las cuatro calles, se servirá en-
viar a la espresada redaccion de El Herald donde será gratificado.

HACE MUCHOS AÑOS SE TRASLADARON A ESTA CIUDAD
desde la ciudad de Pamplona en el reino de Navarra D. Angel
Voldi y doña Javiera Beramendi, su muger, á quienes por causa de la
villa de Urroz de dicho reino, dos casas con algunos bienes
dejando por su administrador á D. Ramon Errutia, vecino de
referida ciudad, que percibia sus productos hasta el año de 1836
falleció. Posteriormente en el de 1836 los reclamó D. Joaquin
Escobedo de Grases abogado de este ilustre colegio á nombre de
Eusebio y doña Maria Patrocinio dñs los Heros, pero no llegó á
adjudicarse y desde entonces subsisten en tal estado perteneciendo
al ayuntamiento de la villa de Urroz los productos de la casa principal
y los de la otra pequeña D. Nicolás Buella ya difunto y ahora su
viudo D. Javier, escribano real de la mencionada villa con los que
de á la conservación de ambos edificios.

Se desea saber si existe alguno ó algunos parientes ó interesados
de los espresados D. Angel Voldi y doña Javiera Beramendi, en
cuyo caso se les avisará que acudan á antes posible con los con-
ceptos necesarios al espresado D. Javier Buella vecino de la villa de
Urroz en Navarra, quien les enterará mas por menor de lo que
les interesa saber para que sol citen su adjudicacion y en-
de los mismos bienes.

PUNTOS DE SUSCRICION AL HERALDO.

EN EL EXTRANJERO.

Londres, Mr. W. Jeffs, Foreign Library 15, Burlington
Piccadilly.
En París, en el cercle litteraire des Salons Valois, Palais
Galerie de Valois, 156.
En el Havre, casa de Mr. Sebastian Boom.
En Burdeos, Bureau General des Journaux de Paris et des
parlements, Place de la comédie, Mr. Delpech.
En Bayona, en la redaccion del *Phare des Pyrénées*.
En Lisboa, redaccion de O *Correio Portuguez*.
En Ultramar, en las Administraciones de Correos.

EN ESPAÑA.

Madrid, en las oficinas del periódico, calle de San Miguel,
número 23.
En todas las Administraciones de Correos, y ademas en
Alicante, Casa de D. Juan José Carratala, del
mercado de libros.
Burgos, Id. D. Timoteo Armas, id.
Cádiz, Id. D. Alejandro Lorente, id.
Cuenca, Id. D. Juan Menendez, id.
Don Benito, Id. D. Bernardino Calves Garde, id.
Ferrol, Id. D. Nicasio Taxonera, del comercio
de libros.
Gibraltar, Id. D. Ignacio Maria Ramos, id.
Huesca, En la secretaría del Liceo.
Jerez de la Frontera, Id. D. José Bueno, id.
Lérida, Id. D. Camilo Boix, D. Tomas
martí.
Mondodé, Id. D. Francisco Delgado, adminis-
trador de Loterías.
Ocaña, Id. D. Vicente Calvillo, adminis-
trador de id.
Pontevedra, Id. D. Nicolás Francisco de Anibal,
idem.
Palencia, Id. D. Aveino Pastor, del comercio
de libros.
Santiago, Id. D. Francisco Rey Romero, id.
Santander, Id. D. Clemente Lopez Delgado, id.
Toledo, Id. D. Vicente Lopez Delgado, id.
Hernandez del comercio de libros.
Valadolid, Id. D. Mariano Rodriguez, id.

EDITOR RESPONSABLE, J. G. AYISO.

MADRID.—Imprenta de EL HERALDO.